

¿CÓMO SE COME EN CUBA?

Claudia González Marrero / Nastassja Rojas Silva /
Sergio Ángel / Germán Quintero / Lina María Muñoz /
Caroll Cárdenas / María Camila Herrera /
Valentina Bohórquez

¿CÓMO SE COME EN CUBA?

Diálogos sobre seguridad alimentaria



De la presente edición, 2023:

- © Claudia González Marrero
- © Nastassja Rojas Silva
- © Sergio Ángel
- © Germán Quintero
- © Lina María Muñoz
- © Caroll Cárdenas
- © María Camila Herrera
- © Valentina Bohórquez
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y maquetación: Royma Cañas
Imagen de portada: Gorki Águila
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-71-3

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

BREVÍSIMA HISTORIA DEL HAMBRE EN CUBA

Para sus primeros pobladores, Cuba debió distar mucho de ser el paraíso alimentario que luego ha recreado la imaginación popular. Ese indígena somnoliento al que le basta estirar la mano para comerse un mango es tan irreal como los mangos, que no aparecieron en la Isla hasta ser introducidos desde Asia, mucho después de la conquista española. «Estos indios se alimentaban de productos naturales», afirmaba escuetamente Ramiro Guerra en su *Historia elemental de Cuba* (1922), sugiriendo que los guanahatabeyes eran una suerte de protohísters cuando su realidad alimentaria era bastante más árida. Lo que, en mi opinión, se acerca más a la experiencia guanahatabey es el relato que hace en *Naufragios* el explorador español Álvar Núñez Cabeza de Vaca, cautivo de indígenas de la Florida con hábitos de consumo muy similares a los de los aborígenes cubanos. Sometido a la misma dieta esporádica de sus captores en el librito de apenas un centenar de páginas, Cabeza de Vaca menciona la palabra «hambre» 47 veces.

La introducción de la agricultura por parte de los taínos debió hacer algo más estable la alimentación en la Isla; al menos todo lo estable que puede serlo una cuya base sea el casabe. En todo caso, no lo sería por mucho tiempo, pues no mucho más tarde llegaron los españoles. Estos, junto a un desconocido repertorio de violencias y enfermedades, venían acompañados por niveles de consumo que la frágil agricultura taína apenas podía sostener. Si bien la introducción de especies europeas ayudó a diversificar la dieta cuando

estas arraigaron en la Isla, ya era demasiado tarde para los taínos y hasta para algunas taínas.¹

En los dos primeros siglos de colonización europea, la agricultura de la Isla fue sobre todo de subsistencia, cuando no se usaban los excedentes para comerciar con las flotas que año tras año fondeaban en la bahía habanera o con los contrabandistas que merodeaban el resto de las costas cubanas. El sistema de la plantación esclavista instaurado a cabalidad en la segunda mitad del siglo XVIII sería el responsable de reventar esta dinámica comparativamente apacible y de reemplazarla por otra que de alguna manera perdura. A partir de la Revolución haitiana —con el país volcado a la producción de azúcar para aprovechar el vacío dejado por el principal productor mundial hasta entonces—, el súbito enriquecimiento de la Isla trastornó las relaciones con la tierra.

El crecimiento exponencial de la mano de obra esclava y el empleo de cada vez mayores extensiones de tierras en el cultivo de la caña de azúcar transformaron tanto el sistema productivo como los patrones de consumo en Cuba. Según el historiador Manuel Moreno Fraginals:

El boom de 1792 se caracterizó por el abandono, hasta límites increíbles, de todas las actividades que no tuviesen un fin azucarero, directo o indirecto. [...] Los campesinos abandonaron sus cultivos para ir a cortar caña donde les pagaban 3 reales por carretada de 80 @ (920 kg), que representaba un salario superior a las utilidades que pudieran obtener con sus cultivos.

Con la mayor parte de la fuerza laboral —tanto esclava como libre— entregada a la producción de azúcar y con los altos precios alcanzados por esta, se hacía más barato

¹ En estudios genéticos realizados entre la población cubana se revela que 33% de los linajes maternos son de origen nativo americano, mientras los linajes aborígenes paternos son prácticamente inexistentes.

importar harina, arroz, tasajo o bacalao que producir en la propia isla los alimentos necesarios para alimentar la amplia masa esclava. Fue entonces que se fijaron ciertas constantes que se repiten hoy: la importación masiva de alimentos para la subsistencia y la popularización del arroz como base de la alimentación nacional.

La increíble riqueza azucarera de entonces fue incapaz de evitar brotes de hambruna como los que estallaron en Cuba en medio de la guerra entre la Francia revolucionaria y el resto de Europa, y la consiguiente parálisis del comercio internacional. Se dio un fenómeno que luego se repetiría: con tal de cumplir los objetivos de la élite en el poder, el resto de la población era perfectamente sacrificable.

A mediados de 1799 el capitán general tuvo que reconocer que los precios habían subido escandalosamente y que el pan que se comía en La Habana estaba hecho con harina podrida. El informe del recién llegado marqués de Someruelos es impresionante. Pero la situación más dura se confrontó en los ingenios. Con motivo de la guerra escaseó el tasajo y el bacalao. Los negros subalimentados fueron sometidos a las interminables tareas de 20 horas diarias y murieron por millares en los campos. El médico Francisco Barrera y Domingo, que presenció esta etapa de aniquilamiento, dejó terribles descripciones de los ingenios azucareros cubanos en 1797. En su análisis sobre las enfermedades de los negros señaló como fundamentales las provocadas por la falta de alimentos. Y reconocía que de no ser por el guarapo y las cañas «morirían de pura necesidad por el hambre». La primera Danza de los Millones era trágica danza de miseria en las clases humildes.

Durante el siglo XIX los episodios de hambre colectiva vendrían asociados con las guerras de independencia. Si la Guerra de los Diez Años que se iniciara en 1868 asoló el este del país, la que se inició en 1895 y concluyó en 1898 envolvió

a toda la isla y tuvo consecuencias aún más catastróficas. De una población de millón y medio, murieron por hambre —y por enfermedades asociadas a esta— entre 150 000 y medio millón de personas; o sea, entre una décima parte y un tercio de la población. La mayoría de estas muertes se atribuyen a la llamada Reconcentración ordenada por el capitán general Valeriano Weyler que, con el objetivo de restarle apoyo a los insurrectos, hizo desplazar a la población campesina hacia las ciudades. Tal medida provocó la hecatombe que le ganó a Weyler el descriptivo apodo de Carnicero. No obstante, se insiste en que incluso antes de que este ocupara el puesto de capitán general, el propio Ejército Libertador ya había aplicado su propia versión de la reconcentración prohibiendo la cosecha azucarera y el traslado de alimentos a las ciudades bajo control español. El historiador John Lawrence Tone comenta que el jefe independentista Máximo Gómez

era consciente de que el Ejército Libertador no podía vestir, alimentar o proteger, ni mucho menos armar, a decenas de miles de cortadores de caña y otros trabajadores y a sus familias, que quedarían desamparados con el hundimiento de la economía. No todos podrían unirse a la insurrección: la mayor parte huiría a los pueblos y las ciudades, donde se convertirían en un problema para los españoles. Sus únicas opciones serían emigrar o morir de hambre. En el verano de 1895, muchos de los habitantes rurales de los alrededores de Manzanillo y otras localidades de oriente se refugiaron en los no muy acogedores brazos de los españoles, simplemente porque no tenían otra opción.

Debido a la política de la tea incendiaria aplicada por las tropas insurgentes, los campesinos se vieron

obligados a elegir: dirigirse hacia las colinas con los insurgentes o huir a las zonas controlada por los españoles. Los que elegían esta última opción se convertían en

tutelados del Estado español. Esto beneficiaba a Gómez, ya que los refugiados constituían un problema para los españoles, menoscabando sus recursos y ofreciendo ante la prensa mundial un espantoso espectáculo de hambre y muerte. Era así como los depauperados refugiados contribuían a la liberación nacional.

Aunque excepcional, este proceso bélico sentó precedentes de cómo responder a la disyuntiva entre el bienestar social y la intransigencia política.

Llegada la República, el desajuste creado por el monocultivo del azúcar y la dependencia de la importación de alimentos seguía lastrando la economía nacional. Gerardo Machado, mandatario entre 1925 y 1933, creyó encontrar la solución a ambos problemas con la construcción de la carretera central: una vía de comunicación a lo largo de todo el país que facilitaría el comercio interno y estimularía la producción local de alimentos en sustitución de los importados.² La idea de estimular el mercado local no era mala, pero el *crack* de 1929 y la depresión subsiguiente aunadas con la deuda creada por el gigantesco plan de obras públicas de Machado y los modos autoritarios y brutales de este condujeron a una crisis económica y política que quedó asociada en la memoria alimentaria de la nación con la harina de maíz y el boniato hervido como ingredientes principales del hambre machadista.

En 1940, la crisis institucional de la década anterior intentó solventarse con la avanzada Constitución promulgada ese año. En su artículo 90, el texto aprobado proscribía el latifundio y prescribía que las leyes futuras limitaran «la adquisición y posesión de la tierra por personas y compañías extranjeras», y que se adoptaran «medidas que tiendan

² Eso explica aquellas líneas de *La mujer de Antonio*, la famosa canción de Miguel Matamoros: «Malalengua, tú no sigas // hablando mal del Machado // que te ha puesto allí un mercado // y te llena la barriga».

a revertir la tierra al cubano». Fue precisamente el reclamo de crear y aplicar una Ley de Reforma Agraria el mascarón de proa de la revolución de 1959. La ley de ese año redujo la tenencia de la tierra a un máximo de 30 caballerías (402,6 hectáreas), eliminando el latifundio privado pero creando a su vez uno aun mayor: el del Estado, que de momento se adueñaba de 40% del total de la tierra cultivable. Dicho latifundio se extendió todavía más con la aprobación de la segunda Ley de Reforma Agraria del 3 de octubre de 1963 que, al confiscar toda propiedad superior a las cinco caballerías, amplió el latifundio estatal a 70% de la tierra cultivable.

Estas medidas, junto a otras como la instauración del Servicio Militar Obligatorio o el traslado de buena parte de la población que habitaba en el área de operaciones de las guerrillas anticastristas en el centro del país, llevaron a un vaciamiento de las zonas rurales y a una crónica falta de mano de obra para el cultivo del latifundio estatal. Desde entonces, daba igual que las movilizaciones del régimen fueran penitenciarias o educativas: casi todas envolvían algún tipo de faena agrícola. Fueron pocos los cubanos que en aquellas décadas eludieran trabajar en la agricultura, ya fuera a través de las UMAP, el EJT, las ESBE, los IPUEC, las BET o cualquier otro producto de la fértil imaginación del sistema para idear siglas.

En el discurso del 17 de mayo de 1977, dieciocho años después de proclamada la primera Ley de Reforma Agraria, Fidel Castro dejaba claro que los objetivos de aquella no habían sido ni «facilitar el surgimiento y extensión de nuevos cultivos» ni elevar «la capacidad de consumo de la población» como se anunciaba en el preámbulo de dicha ley. Tampoco era distribuir la tierra entre los jornaleros, pues eso

habría sido un retroceso, porque a aquellos obreros los habríamos transfigurado de obreros, de proletarios, en campesinos: les habríamos puesto en sus manos grandes riquezas, para ser propietarios de una producción de la cual dependería el país.

Si las riquezas del país debían concentrarse, sería en las manos del Estado. Si en 1959 el objetivo había sido acabar con el latifundio privado, hacia 1977 el régimen se proponía eliminar la pequeña propiedad campesina sobre la tierra: «algún día nuestro país no tendrá minifundios, porque el latifundio es malo y el minifundio también», anunciaba un Castro convencido de que «la agricultura estatal es, teórica y prácticamente, la forma más elevada de producción».

En los años posteriores, las granjas estatales solo pudieron mantener una apariencia de funcionalidad gracias a los enormes subsidios soviéticos en maquinarias, combustibles y fertilizantes, y al inagotable triunfalismo de la prensa oficial. Las tímidas aperturas del llamado «mercado libre» en el que los campesinos vendían sus excedentes se alternaban con represiones cíclicas contra los llamados intermediarios y especuladores.

La desaparición de la Unión Soviética terminó evidenciando el espejismo de una agricultura funcional y en los años 90 el hambre se hizo asunto masivo e indisimulable. Por mucho que culpaba al embargo estadounidense, alguna idea tendría el Gobierno de cuál era la causa de la hambruna cuando, en medio de la crisis, entregó en usufructo parte de la tierra que había confiscado décadas atrás a los campesinos y los autorizó a vender el sobrante de su producción.

De esa etapa viene también el inicio de la práctica disolución de la industria azucarera —apenas sustituida con la industria turística y la de las remesas del exterior—, con lo que el país perdió parte de su capacidad de importar alimentos sin alcanzar a reemplazarlos por la producción local. En el único ramo en el que la producción estatal se multiplicó, como demuestra este libro, es en el de investigaciones que trataban de hacer parecer la hambruna de los 90 una suerte de experimento médico para eliminar la obesidad en la población cubana.

Sin embargo, el sistema cubano sigue confiando más en conseguir nuevos subsidios —como los concedidos por el

régimen chavista— que en permitir que, con la liberalización del sector agropecuario, se hagan fuertes y prósperos sectores que a la larga escapen a su control. Esa combinación de rigidez administrativa, terquedad ideológica y obsesión por el control político, económico y social es la receta perfecta para nuevas hambrunas. Como se demuestra en los capítulos finales de este libro, la producción y distribución de alimentos se concibe en Cuba menos como manera de asegurar el bienestar de la población que como modo de controlarla.

Como en la conocida fábula de Stalin y la gallina, no es necesario preocuparse mucho por alimentar a la pobre ave. Basta con que se la desplume para que, desamparada, acuda obediente a quien le ofrezca unos cuantos granos, sin importar que sea quien mismo la condujo a ese estado. Entre las posibilidades de este libro está la de ser una ilustración detallada de dicha fábula.

ENRIQUE DEL RISCO

INTRODUCCIÓN

La alimentación en Cuba no es un elemento más de la cotidianidad en la sociedad. Desde 1959, la administración y control del Estado sobre la economía, así como dos períodos de desabastecimiento severos, han modificado rituales, percepciones, ejercicios y aspiraciones alrededor de la comida. Los discernimientos que comúnmente regulan la libre elección en la alimentación, como la religión, la ética alimentaria, las dietas o los afectos y gustos se han diluido sobre la base del acceso más elemental, sobre el complejo ejercicio de proveer en un país donde se come lo que se puede y no lo que se quiere. Es hoy, más que un elemento de deleite, uno de estrés, incertidumbre e impotencia. Esto puede constatarse en los rituales diarios para localizar, comprar, trocar o revender productos básicos; en la jerarquía familiar a la hora de conseguir, elaborar y distribuir la comida; en los tipos de concertaciones morales y hasta de lenguaje, entre otras formas de comunicación en torno al consumo; en las posturas vulnerables que perpetúan los cubanos con la pretensión de no perder los derechos alimentarios que aún les quedan.

Desde una perspectiva Estado-centrista, la alimentación en Cuba está instalada en una estructura de exclusión, marginación y dominación disimulada en varios mitos fundadores de la cosmovisión revolucionaria. Al mismo tiempo que en la Isla se habla de sostenibilidad y soberanía alimentaria, se importa 70% de los alimentos que se consumen. Mientras se celebra el proceso de Ordenamiento y se insiste

en una economía de distribución controlada, se duplica la inflación y la arbitrariedad monetaria,¹ y las personas pierden cada vez más acceso a productos básicos y de sostenimiento familiar. La comida es, entonces, una forma de control político, de (re)distribución y mantenimiento de una indefensión aprendida donde los cubanos destinan la mayor parte de su tiempo en conseguir algo comestible para llevar a la mesa.

Las gratuidades ya no son una moneda de cambio, existe un fraccionamiento social que se extiende cada día y en paralelo, una mayor percepción social de que no existe voluntad gubernamental para buscar soluciones reales. En consecuencia, son cada vez más visibles las formas inconscientes de justicia redistributiva, las formas de concertación, negociación y contestación a las políticas alimentarias del Estado en espacios alternos, tanto en las colas para comprar alimentos como en las redes para avisar de los surtidos. La comida es, por tanto, política, social, económica y culturalmente, el tema primero de la vida del cubano.

El presente libro pone en perspectiva varias de estas cuestiones, tanto desde el imaginario político como desde las representaciones sociales que lo cuestionan. Las investigaciones que se compilan agrupan los resultados del primer año de investigación de Food Monitor Program, un programa

¹ A lo largo de este libro, el lector encontrará referencias a diferentes monedas en Cuba. Los pesos cubanos, la moneda con la que se paga los salarios a los trabajadores estatales, es llamada “moneda nacional” (MN) o “pesos” (CUP). Más tarde, en 1994, el Banco Central de Cuba introdujo la segunda moneda oficial en la Isla, el “peso convertible” (CUC), que existió hasta el 1 de enero de 2021, cuando fue eliminado como parte del programa de unificación monetaria que emprendió el Gobierno. Finalmente, a finales de 2019, el gobierno cubano adoptó un nuevo mecanismo para absorber divisas, las tiendas con pago exclusivo en “moneda libremente convertible” (MLC), de uso único en Cuba y que corresponde a lo que los expertos denominan “dólar bancario”. Muchos aducen que el MLC no es propiamente una nueva moneda, sino divisas extranjeras en cuentas bancarias, tratándose, por tanto, de un eufemismo para evitar el reconocimiento de la dolarización que está ocurriendo en el país.

dirigido a observar y analizar la alimentación en Cuba en todas sus aristas y expresiones, para debatir las causas y efectos de la inseguridad alimentaria en la Isla. Los trabajos parten de diferentes ángulos y metodologías, ofreciendo conclusiones realistas que exponen y cuestionan el discurso monolítico de la administración cubana referente a la alimentación.

El primer capítulo, «Soberanía y seguridad alimentarias: Una revisión de las narrativas cubanas», aporta una mirada introductoria a los principales conceptos en torno a seguridad y soberanía alimentarias, entre otros ejes conceptuales derivados. El texto busca mostrar el papel de esta literatura especializada, durante los últimos quince años, en aras de determinar cambios en los conceptos y en la forma en la que los autores los definen. La investigación encuentra tendencias al uso para promover etiquetas como cooperativas, agroecología, reforma agraria y embargo, como temáticas que se han mantenido a la hora de abordar aspectos sobre la alimentación en Cuba desde la academia extranjera. Un dato relevante es que los estudios donde se han utilizado estas etiquetas, aunque han tenido distorsiones teóricas en comparación con principios internacionales en otros casos de estudios, han priorizado en Cuba una legitimación y promoción de las políticas alimentarias, así como sus justificantes en su administración, sin aludir en sus investigaciones a las precariedades reales del pueblo.

El segundo capítulo, «Género y seguridad alimentaria: El papel de la mujer cubana en la alimentación familiar», se ocupa del vínculo entre género y seguridad alimentaria para mostrar el desbalance que afecta y diferencia mayormente a la mujer en la precarización del entorno cubano. El texto ofrece apreciaciones sobre el rol de la mujer en contextos de crisis, exponiendo, además, las cargas adicionales asignadas por cuestiones de género, el incumplimiento de compromisos que al respecto había hecho el proceso revolucionario, así como la violencia institucional en torno al derecho a la alimentación. Se explica que la violación de este derecho afecta de manera diferenciada a las mujeres, que suelen llevar

la mayor parte de la carga familiar. Para ello realiza una representación demográfica con el fin de exponer la división sexual del trabajo con consecuencias en las ocupaciones de las mujeres cubanas. Propone, entonces, un enfoque sobre «la feminización de la pobreza» donde, aunque las mujeres son imprescindibles en la producción de alimentos, son más propensas a padecer desnutrición.

El tercer capítulo, «La espera como forma de control social: una lectura de la situación de distribución de alimentos en Cuba», se enfoca en las prácticas destinadas a conseguir alimentos en la Isla, analizando los ejercicios para su acceso y el cúmulo de tiempo que se destina para ello. El texto examina la espera desde las teorías de Hannah Arendt y Javier Auyero como una forma de desgaste y control social. La investigación se nutre, además, de entrevistas a personas de la sociedad civil realizadas por Food Monitor Program que aportaron información sobre cuánto tiempo destinaron para comprar estos, en la que la mayoría coincidió ocupar más de 24 horas a la semana para adquirir alimentos básicos, en ocasiones en períodos de espera de un día para otro. El capítulo toma esta información para concluir que el desabastecimiento y las colas han derivado en una cultura de espera donde los cubanos pagan con su tiempo lo que no pueden pagar con dinero. Una forma peculiar de hostigamiento que mantiene la aspiración social en un escaño inmediato, el de la comida, evitando mayores elucubraciones políticas que serían incómodas o peligrosas al *status quo*.

El cuarto capítulo, «Somos lo que comemos: identidad alimentaria en la Cuba post-90», investiga las formas en que se ha negociado el agotamiento político ante la precarización de los alimentos, así como la percepción constante de improvisación y sobrevivencia en torno a la comida. El texto expone que los contextos de crisis y desabastecimiento en Cuba han sido el marco tanto para configurar el imaginario en torno a la comida como para proyectar las frustraciones políticas de un país que, desde los años 90, ha comido lo

que «ha podido» y no lo que «ha querido». El trabajo parte de un marco conceptual desde la seguridad alimentaria con perspectiva cultural para entender los recursos y gestiones cívicas de una generación que ha experimentado sistemáticamente una precarización alimentaria extrema en su experiencia de vida, también procesa un grupo de entrevistas a la sociedad civil realizadas por Food Monitor Program sobre los ejercicios de resiliencia e inventivas que realiza la población en medio de las precariedades actuales. Por último, evalúa las prácticas sociales cotidianas que incluyen improvisación, resistencia, redistribución, comparadas entre los dos picos de inseguridad alimentaria en Cuba: tras la caída del campo socialista y durante la pandemia de COVID-19.

El quinto capítulo, «Encontrando el humor en medio de la crisis», utiliza una forma peculiar del cubano para responder críticamente al imaginario político, el choteo, que presenta como una forma de resistencia naturalizada por la población. El texto analiza estas expresiones «subversivas» como formas lúdicas con las que se negocia la cotidianidad en la Isla. Mediante un análisis crítico del discurso de diferentes expresiones del imaginario colectivo: chistes y bromas en la crisis del Período Especial y memes de la crisis de la Coyuntura y la COVID 19, expone que, sin reflexionar sobre las luchas o los problemas, sus causas y posibles formas de resolución, los cubanos buscan eliminar las preocupaciones de la atención inmediata y se centran en cosas positivas y cuestiones sobre las cuales se tiene mayor control. De este proceso han surgido prácticas de desahogo en torno al acceso de comida como una forma popular de «desconectar». Afirmo, además, que cada una de estas modalidades logra convivir y fortalecerse entre sí como parte de una infrapolítica que ha servido como forma de sobrevivencia a las distintas crisis por las que la población cubana ha tenido que vivir.

SOBERANÍA Y SEGURIDAD ALIMENTARIAS:
UNA REVISIÓN DE LAS NARRATIVAS CUBANAS

La seguridad alimentaria es entendida como el estado en el que los individuos tienen garantizado el acceso físico, económico y social a los alimentos para satisfacer sus necesidades y garantizar su bienestar, según la FAO (1996) y el INCAP (1999). Este concepto está estrechamente relacionado con la soberanía alimentaria, la cual, aunque muchas veces suele confundirse, se define como el derecho de las naciones o pueblos para determinar sus políticas de alimentos en cuanto a su producción y suministro dependiendo de sus necesidades (FAO, 2011; Vía Campesina, 2003). En este sentido, ambos conceptos apuntan a garantizar un acceso equitativo de alimentos en términos de calidad y cumplimiento del mínimo de calorías requeridas para un desarrollo eficiente.

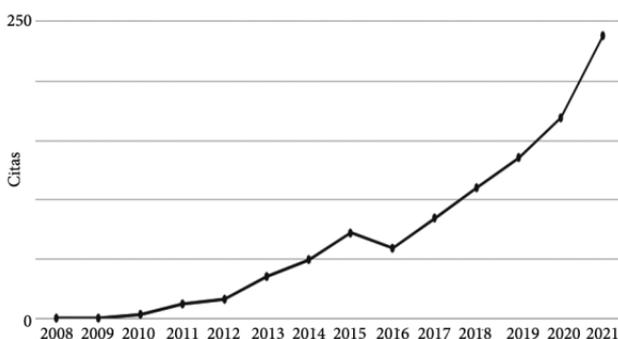
Así, el presente capítulo busca mostrar el papel de la literatura sobre seguridad y soberanía alimentarias durante los últimos quince años, en aras de determinar cambios en los conceptos, la forma en la que los autores los definen y la importancia del estudio de estos en el período seleccionado. El texto se estructura a partir de una bibliometría que permite dar cuenta del estado de la literatura y el impacto que esta ha tenido en los estudios de Cuba. Posteriormente, se dividen estos dos conceptos en tres categorías, teniendo en cuenta los temas que más impacto presentan. Por último, se revisan los textos más citados y su relación en las categorías que componen los ejes de seguridad y soberanía alimentarias.

SOBERANÍA ALIMENTARIA

Para desarrollar la bibliometría, tomamos la literatura acerca de los postulados académicos que se han abordado sobre la seguridad y soberanía alimentarias, aplicados al caso cubano desde la instauración de la Revolución en la década de 1960. En primer lugar, se realiza una búsqueda de textos en la base de datos de Scopus con los siguientes criterios de búsqueda: «seguridad_alimentaria_cuba» y «soberanía_alimentaria_cuba», organizando por el número de citas en los documentos publicados en los últimos quince años. Posteriormente, se buscan los artículos más citados en la plataforma Google Scholar y se seleccionan aquellos con un contenido más relevante y relacionado con los temas de estudio.

La literatura académica ha tenido un aumento en el interés frente a la temática de soberanía alimentaria en Cuba, como evidencia el Gráfico 1, que muestra crecimiento exponencial desde 2010, aproximadamente, cuyo punto de mayor alcance se da en 2021. Lo anterior, no solo en términos de producción literaria, sino también

Gráfico 1. Distribución de citas en la categoría soberanía alimentaria (2008-2021).



Fuente: Tomado de Scopus (2022).

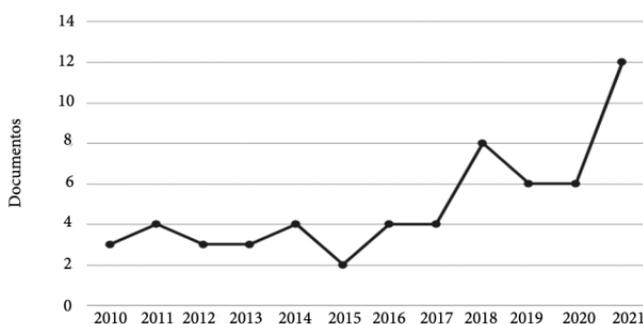
en el aumento de las citas en los documentos, investigaciones científicas, artículos, capítulos y libros donde se presenta la situación actual de las políticas agrarias y alimentarias que se han venido asumiendo. Esto refleja la importancia asumida por parte de diferentes estudiosos para avanzar en la investigación de dicha temática desde 2015 hasta la actualidad.

Sumado a la descripción anterior, no solo es importante mencionar cuál es el comportamiento que han tenido las citas en términos de su crecimiento durante los últimos quince años. También se agregan los niveles de cita de cada uno de los períodos para comprender los avances que presentaron. Por ejemplo, en 2008 y 2009 no se obtuvo ninguna cita relacionada con documentos en Scopus que atribuyeran teóricamente una revisión a la soberanía alimentaria, a diferencia de 2010, cuando se citaron en tres investigaciones que analizaban el avance de la producción local y el turismo en Cuba a finales de la década de 1990, así como las medidas de comercio frente a la producción agrícola.

Para 2013, el número de citas aumentó a 35, con textos sobre casos de varios países de América Latina, en particular América Central —por ejemplo, Nicaragua—. Esto demuestra la importancia de la política y las reformas del autor hacia Cuba para explicar e interpretar los procesos que han tenido lugar en otros países vecinos en el siglo xx. Para 2015, habían crecido a 72 textos; 84 en 2017; 110 en 2018; 169 en 2020; y, finalmente, alcanzó su punto máximo en 2021, con 240 (Gráfico 1). La presentación del último año abordó la diversificación agrícola, el desarrollo sostenible de las cadenas agrícolas basadas en la educación y otras perspectivas revisionistas relacionadas con las políticas tanto globales como locales de gobernanza alimentaria y defensa de la soberanía en esta materia. Cabe resaltar que la mayoría de estas publicaciones provienen de universidades estadounidenses que en los últimos años se han dedicado a investigar estos fenómenos en Cuba.

Ahora bien, cuantificar las citas sobre el tema, no explica *per se* la importancia que este ha cobrado en los diferentes documentos producidos a nivel académico. Por tanto, es imperante identificar cuál ha sido el comportamiento en materia de elaboración y publicación de diferentes investigaciones en las ciencias sociales de corte científico, así como material bibliográfico con el suficiente rigor propio para ser estudiado y analizado. Así, el Gráfico 2 esboza el recorrido de la temática en los últimos años, mostrando los momentos en los cuales la soberanía alimentaria en Cuba ha cobrado mayor importancia para los académicos y aquellos en que su influencia ha sido menor, en materia de producción literaria.

Gráfico 2. Producción académica por años sobre soberanía alimentaria en Cuba (2010-2021).



Fuente: Tomado de Scopus (2022).

De los Gráficos 1 y 2 se puede inferir que durante los últimos años ha crecido la tendencia no solo a producir artículos referidos a la soberanía alimentaria en Cuba, sino también a citarlos en otras investigaciones comparativas, análisis de casos y de rastreo para ver los avances de la Isla en esta materia. Con relación a los artículos publicados, se identifica una particularidad: la información contenida en Scopus data de 2010, año en el que se publican tres artículos relacionados con la participación de los agricultores frente

a una incipiente reconfiguración económica que se estaba generando en Cuba y en otros países como Nicaragua. Asimismo, se estudió el avance en materia de agroecología y su impacto en la soberanía alimentaria a partir de indicadores que daban cuenta de la alimentación de los cubanos.

Para 2011, se muestran cuatro publicaciones sobre la soberanía alimentaria dentro de las cuales se presentan referentes teóricos corporativistas que estudian movimientos como la ANAP y su papel en la construcción de la agricultura campesina. De ellas, el libro de agricultura urbana sostenible en Cuba escrito por Koont (2011), citado en más de 26 oportunidades por diferentes investigaciones.

En términos generales, se nota una tendencia a mantener un promedio de cuatro documentos por año hasta 2017, cuando aumenta la producción literaria.

En 2018, la producción de documentos académicos que estudiaron la soberanía alimentaria creció el doble, con relación al comportamiento del año anterior. Algunos de los referentes teóricos más destacados se enfocaron en dar cuenta de la apropiación y uso de la tierra en la Isla como aspecto fundamental en la conocida transición agrícola cubana. En este año, además, se publicó uno de los primeros artículos que analizó políticas agrarias, seguridad y soberanía alimentarias, así como los avances nutricionales de manera comparativa; lo cual marcó conceptualmente una distinción interesante entre lo que concibe como dos categorías fundamentales del proceso alimentario cubano, que no son excluyentes en sí.

Finalmente, en 2021, Scopus plantea que la producción de documentos estuvo enmarcada en 12; de los cuales diez corresponden a artículos de investigación y los dos restantes son libros. Dentro de algunos de estos textos se destacan las investigaciones que analizaron las agroecologías emancipadoras y el avance, creación y establecimiento del campesinado, entre otros. Por su parte, los libros aluden a la producción urbana de comida en el marco de un ecosocialismo, así como el peligro o crisis de extinción de diferentes productos agrícolas.

ÍNDICE

Brevísima historia del hambre en Cuba	7
Introducción	17
1. Soberanía y seguridad alimentarias: una revisión de las narrativas cubanas	25
2. Género y seguridad alimentaria: el papel de la mujer cubana en la alimentación familiar	63
3. «Somos lo que comemos»: identidad alimentaria en la cuba pos-90	83
4. Encontrando el humor en medio de la crisis	113
5. La espera como forma de control social: una lectura de la situación de distribución de alimentos en Cuba	137
Anexo	161
Acrónimos y siglas	169
Bibliografía	173

